

una valiosísima información que seguro servirá a estudiosos y futuras investigaciones en la tarea del estudio del Ejército Popular de la República, tarea generosamente desbrozada en esta obra de Alpert, escrita de forma ágil y concisa, con un lenguaje liberado de tecnicismos para que, como expresa el propio autor en el Prefacio, pueda servir tanto al lector interesado como al estudioso especialista, objetivo ampliamente conseguido.

Carmen González Martínez
Universidad de Murcia

MARTÍN DE LA GUARDIA, Ricardo; PÉREZ SÁNCHEZ, Guillermo; SZILÁGYI, István: *La batalla de Budapest. Historia de la insurrección húngara de 1956*. Madrid. Actas. 2006, 296 pp.

Los autores abordan uno de los acontecimientos de mayor trascendencia en la historia de Europa en la segunda mitad del siglo XX: la revolución húngara de 1956 y su derrota por parte del ejército soviético, hechos que transformaron en buena medida la dinámica interna del llamado bloque socialista y cuestionó la imagen de la Unión Soviética aceptada –no sólo por la izquierda internacional– como una alternativa razonable al modelo liberal-capitalista, por más que –en un primer momento– muy pocas voces se alzaran para cuestionar la intervención soviética.

La obra no es un mero relato de un enfrentamiento armado como pudiera indicar su título, sino que presenta aquél en su contexto histórico. Para ello, los autores han accedido a fuentes de primera mano inaccesibles hasta fechas muy recientes como el llamado «expediente Yeltsin» que permite seguir el desarrollo de los acontecimientos desde la perspectiva soviética, así como de fuentes documentales y bibliográficas húngaras.

Los antecedentes de la crisis húngara se sitúan en el proceso de soviétización que sufrió el país tras la Segunda Guerra Mundial y al que está dedicado el primer capítulo del libro. Este proceso tuvo lugar bajo la denominada «práctica del salchichón» que permitió al partido comunista eliminar paulatinamente al resto de las fuerzas políticas de acuerdo en una práctica habitual en el resto de los países de la Europa del Este donde la URSS logró establecer regímenes satélites –o hermanos, según la propaganda–.

El caso húngaro resulta particularmente ejemplar porque en este país se estableció uno de los regímenes más férreamente estalinistas que, siguiendo los pasos del dirigente soviético, promovió un estado de terror entre la población, donde la represión alcanzó incluso a dirigentes del propio partido comunista como Laszlo Rajk, cuyo proceso y ejecución siguieron fielmente el modelo de las purgas estalinistas de la década de 1930. Todo ello provocó el descontento entre una población sometida también a las graves carencias materiales por los efectos de la colectivización forzosa de los medios de producción y en la cual pervivía un fuerte sentimiento nacionalista que hacía sentir la presencia soviética

no sólo como una ocupación militar sino incluso como un régimen colonial precisamente cuando la URSS hacía bandera contra el mantenimiento de estos sistemas por parte de los países capitalistas.

Tras la muerte de Stalin se abrió un proceso de reformas en la URSS y que los nuevos dirigentes soviéticos buscaron trasladar a los países hermanos. La *desestalinización* supuso un grave trauma para quienes creían que solo ateniéndose al modelo establecido por el difunto dictador podía llegarse a la construcción del socialismo mientras que para otros dirigentes suponía la posibilidad de aplicar reformas que permitiesen lograr el mismo objetivo. Este fue el caso de Imre Nagy, el nuevo dirigente húngaro impuesto por la URSS en 1953 y que se convirtió en el protagonista de los acontecimientos posteriores. El segundo capítulo del libro refleja certeramente los intentos de Nagy por satisfacer las demandas populares centradas en tres aspectos: reformas económicas que incluían la revisión de los acuerdos comerciales con la URSS, retirada de las tropas soviéticas y rehabilitación de los perseguidos políticos, todo ello sin alterar los fundamentos socialistas del sistema. No obstante, el sector estalinista del partido realizó una efectiva labor de freno de sus proyectos reformistas —que contaban con el respaldo mayoritario de la población— y terminó por provocar el retorno al poder del estalinista Rakosi, dejando bien claro que la desestalinización tenía como límite la pérdida de capacidad de control de la URSS sobre sus satélites.

La destitución de Nagy supuso una salida en falso para una crisis mucho más profunda que afectaba al conjunto del mundo comunista como lo demostraron los sucesos de Poznan en abril de 1956. Ante el temor a un *efecto contagio*, Rakosi fue destituido como jefe de gobierno y Nagy rehabilitado, lo que no impidió un cada vez más creciente descontento social, sobre todo entre los intelectuales —incluyendo a los estudiantes— y los trabajadores, es decir —como bien dicen los autores— aquellos sectores que debían constituir la vanguardia del socialismo, serían los protagonistas del posterior movimiento. Resulta de gran interés el estudio de los planteamientos políticos de Nagy —incluido dentro del tercer capítulo— que nos muestran a un comunista sinceramente convencido de las bondades del sistema, pero también de la imposibilidad de una aplicación directa de los principios del marxismo-leninismo sin analizar las circunstancias propias de cada país, provocando desajustes que resultaban más peligrosos que las amenazas de los sectores contrarrevolucionarios.

El cuarto capítulo relata la primera fase de la insurrección húngara que se inició como un movimiento de protesta estudiantil de solidaridad con los sublevados en Polonia y vinculados, asimismo, a la condena contra Stalin emitida en el XX Congreso del PCUS, un episodio que parecía dar la razón a los reformistas húngaros. Los documentos oficiales soviéticos en los que se basan los autores muestran como, desde un primer momento, Kruschov planteó solucionar la crisis por medio de una intervención militar como medio de evitar su extensión al resto del bloque socialista tras los primeros episodios de solidaridad en Rumania y Checoslovaquia. Si bien, en esta primera etapa se optó por ofrecer algunas pequeñas concesiones que no alterasen la hegemonía comunista como se había

hecho en el caso polaco, sobre todo por la desconfianza en la capacidad de las fuerzas soviéticas estacionadas en Hungría para realizar una intervención rápida y contundente. En este sentido debe interpretarse el retorno de Nagy al gobierno y el nombramiento al frente del partido de Janos Kadar, una víctima más de la represión estalinista, pero también una persona fiel al dogma de la infalibilidad del Partido y al papel dirigente de la URSS.

Dichos documentos además permiten seguir los acontecimientos en los dos escenarios paralelos, en los cuales entre el 23 de octubre y la primera semana de noviembre de 1956, se desarrolló la tragedia húngara: la calle donde la población había perdido el miedo tanto a la policía secreta como a la amenazante presencia de las tropas soviéticas, y las negociaciones seguidas entre los reformistas húngaros y los dirigentes soviéticos.

Los nuevos dirigentes húngaros se mostraron divididos ante la respuesta a dar a unas protestas cada vez más radicalizadas. Nagy interpretó los sucesos como una oportunidad para consolidar el sistema socialista si el Partido lograba asimilar las exigencias de la población. Por ello anunció al país medidas como la inmediata amnistía general, disolución de la policía secreta, recuperación de símbolos nacionales húngaros con los que, empero, no se logró poner fin a unos disturbios que afectaban ya a gran parte del país. Finalmente, Nagy hubo de admitir el fin del sistema de partido único, la denuncia del Pacto de Varsovia y la adopción de un status de neutralidad para el país que incluía la retirada de las tropas soviéticas. Janos Kadar anunció la refundación del Partido comunista, pero comenzó a negociar con los dirigentes soviéticos una salida a la crisis.

El desarrollo de la *Operación Tornado*, constituye el núcleo del quinto capítulo y nos permite descubrir no sólo los pasos dados por el Ejército Rojo para hacerse rápidamente con el control del país sino también la maquinaria puesta en marcha por Kruschov para blindar políticamente la intervención. Para ello contó con la ayuda de Kadar, quién anunció la formación de un gobierno provisional y solicitó la intervención del Ejército Rojo para someter a los *contrarrevolucionarios*, con lo que quedaba legitimada la invasión conforme al articulado secreto del Pacto de Varsovia. Por otra parte contó con el desinterés mostrado por las potencias occidentales –más allá de las condenas diplomáticas– por los sucesos de Hungría debido a la existencia de conflictos que las afectaban más directamente –Suez–, al mantenimiento del *espíritu de Yalta* que sancionaba la libertad de acción de la URSS dentro del bloque soviético, y por último el temor al retorno de los peores momentos del estalinismo si el *liberal* Kruschov se veía apartado del poder por permitir la extensión de la revuelta húngara al resto del bloque socialista.

El último capítulo nos acerca a la situación húngara posterior a 1956, comenzando por el impacto que tuvieron en Occidente los sucesos de Budapest. Los gobiernos occidentales se limitaron a mantener viva la *cuestión húngara* en la ONU sin realizar una presión efectiva sobre la URSS. Sólo figuras como M. Djilas o Salvador de Madariaga supieron ver el alcance verdadero que tuvieron los acontecimientos para el futuro inmediato de Europa Oriental. Mientras, los partidos comunistas occidentales sufrieron verdaderas sangrías en su militancia por su aceptación de los hechos sin apenas críticas. Otro aspecto, no menos importante, fue el de la represión, cifrada no sólo en el trágico destino

de Nagy y sus colaboradores, sino en los cientos de miles de exiliados y represaliados. Paradójicamente la represión sirvió para que Kadar consolidase su posición eliminando a los restos del estalinismo en su partido, fundamentales en la caída de Nagy, por medios no menos estalinistas. Una vez pasados los momentos más duros, Kadar adoptó una política de normalización que mantuviese el papel hegemónico del Partido pero con una serie de concesiones de carácter social y económico que permitieron aumentar el nivel de vida de la población.

El epílogo del libro, no podía ser de otra forma, constituye un análisis de los sucesos de 1956 como antecedente directo de las revoluciones de 1989 en Europa Central y Oriental, una vez que la URSS renunció a mantener *manu militari* a los regímenes del *socialismo real* lo que provocó su desaparición inmediata. En el caso de Hungría se recuperó la figura de Nagy situándola ahora al mismo nivel de los grandes héroes históricos del pueblo húngaro, a pesar incluso de que los fundamentos de las revoluciones de 1989 no tenían nada que ver con los de quien fue siempre un comunista convencido.

La obra se complementa con una serie de mapas que permiten entender la importancia estratégica de Hungría dentro de la Europa socialista como uno de los factores que desencadenaron la intervención soviética, así como el desarrollo de ésta. La cuidada selección fotográfica, en muchos casos de carácter inédito, reflejan el desarrollo del conflicto desde la inicial alegría de la población húngara a la ocupación de Budapest por parte de los tanques soviéticos. Por último, debemos señalar el apartado dedicado al material militar utilizado durante la batalla, en el cual el lector interesado puede encontrar una síntesis de los datos técnicos más importantes.

Un trabajo, en suma, oportuno en su concepción y brillante en su ejecución, por cuanto sus autores han logrado combinar las exigencias científicas propias de un estudio académico con un discurso narrativo accesible al lector medio. De tal manera que su lectura resulta amena y por ello permiten extender el conocimiento sobre un episodio histórico que pudo cambiar la dinámica histórica de la segunda mitad del siglo XX, adelantando en tres décadas el fin del *socialismo real* en Europa.

Juan Antonio Cano García
Universidad de Valladolid